

Apuntes de un ex soldado conscripto durante la Campaña del Chaco

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

Las memorias y relatos de jefes y oficiales sobre vivencias de la última campaña al desierto, realizada por el Ejército en la región chaqueña a principios del siglo XX, son muy escasas. Desconozco si aparte de la evocación que daré a conocer en forma literal y completa, dado el interés que posee como documento de la vida y acciones libradas por el último regimiento de caballería que operó en tan difícil como riesgoso terreno, hay otros escritos de soldados conscriptos sobre esa campaña.

Por cierto, el autor de estas memorias, quien las escribió cuando frisaba los noventa años, con admirable lucidez y correcto estilo, era una persona aficionada a la lectura y las obras altruistas. En efecto, Agustín Santiago, nacido el 28 de agosto de 1892, en la ciudad de Casilda, fruto del empeño del pionero español Carlos Casado del Alisal, pertenecía a una de las familias llegadas con el fin de prosperar en aquellas regiones de pan llevar.

Realizó diversas actividades y al cumplir los 90 años de edad aún se desempeñaba como jefe de la Asociación Bomberos Voluntarios de Casilda. Fue entonces cuando recibí una copia del manuscrito que transcribo, a través de la delegada de la Asociación de Expedicionarios al Desierto de Rosario, señora Olga Fulco de Casaccia.

Cabe recordar que el 21 de julio de 1907, el presidente de la Nación, doctor José Figueroa Alcorta, dispuso la organización de la División de Caballería del Chaco, integrada por los regimientos 5, 6, 7 y 9, al mando del teniente coronel Teófilo O'Donnell, con la misión de obtener la gradual ocupación del territorio, garantizar la seguridad de los pobladores de impedir robos, saqueos y contrabando de armas.

A lo largo de varios años se realizaron relevamientos topográficos y se construyeron caminos y redes de telégrafos. Dicho jefe fue reemplazado por un militar culto y distinguido, con vasta experiencia castrense, que había actuado como observador argentino en la guerra ruso-japonesa, el coronel Enrique Rostagno.

A pedido de mi nieto Marcelo, relato a continuación, en mi condición de soldado de la clase 1892, el servicio militar al que por sorteo me correspondió incorporarme al Regimiento 9 de Caballería en Formosa, que se desempeñaba actuando en la Campaña del Desierto Norte, en pie de guerra, bajo severos códigos disciplinarios, internados en las vírgenes selvas, donde la hostil presencia del indio salvaje debería ser sometida por las Fuerzas Armadas con fines civilizadores.

En el mes de marzo de 1913, debí presentarme a revisión médica, concentrándonos en Casilda con quince camaradas más. Aceptados todos por el buen estado de salud, debimos partir al destino indicado.

Para mamá y mis hermanas, el adiós significó el inicio penoso de un desasosiego inquietante y permanente, debido a las noticias sobre riesgos, no sólo por las condiciones precarias de todo orden que debían afrontarse, sino por la lucha contra el aborigen, y además por tener que actuar en una zona desierta, sin contacto alguno con la civilización ni la familia, debido a la distancia y escasos medios de comunicación desde Formosa.

Viaje hasta Formosa, Santa Fe, Barranqueras y Corrientes: en tren a Rosario y Santa Fe, sobre bancos de madera, y por falta de espacio acostado debajo de ellos.

Santa Fe, Barranqueras: había que cruzar la ciudad para llegar hasta la estación de ferrocarril Santa Fe, caminando y bajo una intensa lluvia. Los coches y baños, inmundos, en iguales condiciones que en el primer tramo de viaje.

Sin comida para pasar el día. Después de veinticuatro horas, llegamos a Barranqueras de noche, lloviendo. Debimos trasladarnos al embarcadero, sin puesto, a esperar la llegada del vapor *Berlín*, de carga y pasajeros, que nos conduciría a Corrientes, efectuándose la maniobra de embarque en una frágil lancha. Tuvimos que pernoctar en cubierta, acostándonos sobre el piso sin ninguna manta. A la mañana desayunamos con abundante café, leche y pan, lo que nos tonificó el ánimo.

El barco atracó al muelle y nos permitieron bajar a tierra hasta la hora del almuerzo, que tanto ansiábamos. A la tardecita salimos y a las ocho cenamos bien, pero había que desalojar el comedor para los pasajeros, y al retirarse éstos, nos autorizaron para pasar la noche. Ello nos confortó, pues era la tercera noche de viaje. Entre sueños, jugadas de naipes y tomar lo que pedíamos al cantinero, la noche resultó corta. Siguiendo viaje a Formosa, nos sirvieron almuerzo y cena, para llegar a la meta a medianoche. El desembarco fue en lancha. Un incidente inesperado nos demoró, puesto que por haberse descubierto un robo a un pasajero, nos hicieron formar para revisarnos. No apareció nada en nuestro grupo, que era el sospechoso.

Nos esperaban dos sargentos que nos conducirían, nosotros a pie y ellos a caballo, para alojarnos en un viejo galpón cuartel desprovisto de todo, piso

de ladrillos, sin luz, solamente un faro de lechero. La cama, el suelo, pero como cerca había una parva de pasto de un vecino, éste nos permitió retirar el pasto y utilizarlo. Pasamos la noche defendiéndonos de mosquitos y hormigas hasta aclarar y prepararnos el desayuno con mate cocido y pan. A mediodía, el almuerzo fue sopa de maíz y carne solamente (a ese trozo se lo llamaba tumba). A la tarde nos proveyeron la vestimenta que tanto esperábamos. Lo más importante fue el capote; aunque usado por la clase anterior, nos resultaba confortable.

Entrega de vestimentas: a la mañana, al aclarar, diana, mate cocido y formación para la distribución de ropas, con el siguiente procedimiento: desfilábamos de uno en uno y al pasar nos tiraban la ropa encima, sin tener en cuenta la corpulencia. Pantalón, chaqueta, dos calzoncillos, dos camisas, dos pares de medias, gorras y botas de cuero rústico (éstas sin preguntar el número). Lo cómico fue que entre los diferentes tamaños, entregaron un par número 46 y como debíamos cambiarnos las piezas de ropa y calzado, y no había ninguno que calzara ese número, en el cambio final le quedó al que calzaba el número 39. A eso debe agregarse un bolso de lona con cuchara, tenedor, cuchillo, un jarro, un plato, una toalla y una servilleta.

Partida para la Gran Guardia: distancia 190 kilómetros, en un tren compuesto de chatas, sin techo, dos coches inmundos, circulando sobre rieles sin seguridad, puesto que era el ferrocarril en construcción de Formosa a Salta.

Muchas paradas en los puestos que hacían de estación, en un furgón viejo e inutilizado. Para comer nos habían provisto de charque y galletas.

Llegada a la Gran Guardia: a las 11 de la noche, con luz de faroles de mano, únicamente. Nos recibieron cabos y sargentos. Había rancho disponible. Al llegar, algunos concriptos de Casilda, que ya estaban, vinieron a nuestro encuentro para preguntarnos por sus familias, y en ese momento, un cabo borracho, con un cinturón pesado, los atacó golpeándolos por no estar durmiendo. Este hecho, apenas llegados, nos impresionó vivamente. A la mañana nos dijeron que así trataban a los concriptos, y que además muy frecuentemente los castigaban con plantones, o sea que al tocar silencio, en vez de ir a descansar, debían cumplir castigo por falta, para imponer disciplina a los soldados. Los plantones consistían en estar parados en posición de firmes y cuadrados, durante una, dos y hasta tres horas, de uno hasta ocho días, según la gravedad de la falta, en la guardia, no permitiéndose mover los brazos ni para ahuyentar a los mosquitos, lo que se constituía en un suplicio. Yo nunca fui castigado, felizmente.

Recién llegados, nos sirvieron el clásico rancho. Sopa de maíz y el trozo de carne (tumba), con galletas elaboradas por los concriptos. Después tuvi-

mos descanso hasta las cinco de la mañana. Nos acomodamos lo mejor posible, con las dos mantas, en el suelo, al aire libre, pero los mosquitos –el terrible flagelo contra el que debíamos luchar permanentemente– no nos permitieron conciliar el sueño. Por la mañana parecíamos monstruos con las caras desfiguradas por la hinchazón y las lastimaduras que nos producíamos al rascarnos. Estos “simpáticos” verdugos eran de todas las medidas, desde el chiquito común hasta los zancudos, de largas patas, cuyo aguijón perforaba las ropas. Densas nubes nos atacaban, hasta las mulas, que se ponían nerviosas e indomables.

Segundo día de actividades de cuartel: Academia y reclutamiento general: formación, alineamiento, cuadrarse, venia, saludo, disciplina, reglamento general, responsabilidades en la guardia, servicios de imaginarias, centinela, etcétera. Comisiones, estadías en fortines y puestos, atención a las mulas, cuidado de las armas.

Dependencias del cuartel. Para los oficiales: rancho de adobe y techo de cinc, o carpas, todo sobre piso de tierra. Cama: tarima de madera.

Comedor: un amplio alero, con techo de cinc, sin paredes, piso de tierra, largas mesas y bancos.

Dormitorio único: galpón grande, con ventanas, piso de tierra, algunas camas con tarima de madera, sin colchón ni almohada.

Cocina y horno grande para amasar pan: al aire libre.

Sanidad: un enfermero correntino (sin título). El médico, que vivía en Formosa, iba para atender algún enfermo grave. Si era de cuidado lo enviaba a Resistencia. Los medicamentos en uso eran: bicarbonato de sodio, tintura de yodo y alcohol puro, que nunca había porque se lo tomaba el enfermero. Abundaban los antídotos para mordeduras de víboras.

Enfermería: un rancho de adobe con piso de tierra, luz de farol de lechero. Cama: tarima de madera.

Reclutamiento y preparación: Posesión de una única mula por cada soldado, apenas domada. El apero completo, montura y caronilla y todo lo demás necesario.

Armas: un sable con vaina (alguno corvo). Los había de todas las épocas. También los había con vaina grande y sable corto, lo que servía para que algunos soldados fueran a la cantina y los llenaran de “grappa”. Un machete, que era el arma de guerra, con doble filo y punta. Carabina de caballería, potente arma, y cien balas. Saberla usar era atracción y seguridad personal.

Organización militar: una vez completado el reclutamiento en la Gran Guardia, se procedió a organizar los fortines y puestos sobre quienes recaería

la mayor labor contra el indio y en las fronteras con el Paraguay y Bolivia, río Pilcomayo por medio.

Formados los escuadrones, tenían que hacerse cargo de ellos los oficiales designados, quienes seleccionarían a los concriptos más capacitados en tiro.

Fortín: de igual característica que la Guardia, allí había 20 o 30 concriptos bien armados, con sus mulas domadas y buena existencia de balas.

Nómina de fortines y puestos: Yunká, Pilcomayo, Lagadik, Kilómetro 500, Las Lomitas, Pozo del Tigre (fortines); Guaruruú, Las Saladas, Manzanitas, Palo Blanco, Paso de los Tobas, Pirtane (puestos).

Alternativas disciplinarias. Para los soldados destinados a fortines y puestos: práctica permanente de tiro, hasta obtener el dominio de las armas (carabina, sable y machete); lograr de su mula el mayor rendimiento y docilidad, puesto que ella era de importancia incalculable para cumplir la responsabilidad del éxito que pudiera lograr en su arriesgada misión el soldado; atender y consolidar indicaciones del oficial instructor sobre la mentalidad del aborigen —más por su constante cobardía, asechanza, oculto en la selva, al paso de las comisiones que circulaban ininterrumpidamente entre fortines— que por su bravura.

Tribus de diferentes razas: tobas, pilagás, guaraníes, lenguas, chunumpies y otras. Los chunumpies procedían de Bolivia y eran muy peligrosos.

Graves riesgos: lo eran las flechas envenenadas, el yaguareté (tigre), que, si estaba cebado, atacaba al hombre y no a la mula; las mordeduras de víboras, siendo la más peligrosa la del Coral; serpientes de gran tamaño, como las Curuyú (4 o 5 metros), las lampalaguas, las yacaninas, etcétera.

Alimentación: en fortines y puestos: muchas veces era escasa, ya que como la proveía la Gran Guardia, a veces no se disponía y había dificultades en el transporte. Los alimentos eran: maíz colorado entero, harina, fideos, yerba, sal, azúcar, papas, carne en forma de charque (ésta era escasa). Por falta de alimentos se practicaba la cacería y la pesca. Nutrias, liebres, conejos, vizcachas, ciervos, tuyangos, garza mora, y si se encontraba algún huevo de avestruz era una fiesta para el paladar. Era difícil cazar yacarés, cuya cola es de buen gusto. El agua era de los esteros, riachos y ríos. Durante los viajes constituía una preocupación obtenerla antes para los animales que para los soldados.

Envío de víveres: desde la Gran Guardia hasta los fortines y puestos era riesgoso, y una ardua misión llevarlos a destino. Se utilizaban carros de dos ruedas tirados por bueyes o mulas, al paso, sin camino, entre la maleza, guiados por la brújula, escoltados por soldados armados. Al llegar la noche, se pernoctaba junto a esteros o lagunas y se montaba una severa guardia para vigilar a los animales y mercaderías, tan codiciados por los indios. Los

centinelas, para evitar ser blanco de las flechas, debían permanecer de rodillas o acostados entre los yuyos. Cuando llovía, la guardia era más riesgosa.

Puestos: insignificantes refugios, en ranchos de paja y barro, piso de tierra. La tropa la componían un suboficial y seis u ocho soldados. Se dormía en el suelo, sin colchón, y la almohada era la montura. La vigilancia de día se hacía desde el mangrullo, donde se observaban los movimientos de indios o tigres, a veces denunciados por las aves. La finalidad de los puestos era tener disponibles cabalgaduras para las comisiones que llegaban de paso para los fortines.

Animales vacunos: como no había establecimientos ganaderos en toda la región, eran provistos desde Resistencia, transportados hasta el río Bermejo y, después de cruzarlo a nado, se arreaban hasta la Gran Guardia, con los mismos riesgos señalados. El rugir de un tigre enardecía a animales y soldados.

Comunicaciones: no existían otros medios que un escaso servicio de chasquis. Teléfonos o telégrafos no se instalaban, porque los indios se llevaban los alambres. Por cierto que resultaba muy triste estar incomunicados regularmente de la familia y aislados de todo contacto, a veces por meses enteros. Diarios o revistas se conseguían por casualidad.

Atención sanitaria: en los fortines y puestos no existía, salvo lo que alguno llevaba en su bolso de ropas. Lo único de que estábamos provistos era de antídotos contra las mordeduras de víboras.

He descrito sintéticamente cómo debíamos actuar durante nuestra permanencia en la Gran Guardia, fortines y puestos. En vez de ser un año, la ansiada baja se postergó tres meses.

Detallar minuciosamente acontecimientos destacables, requeriría extenderme mucho, forzando evocaciones indeseables, casi olvidadas. Me limitaré a mencionar:

Captura de un cacique "vivo o muerto": por disposición del Ministerio de Guerra, debimos buscar al cacique conocido por el nombre de Iliri, de raza toba, que con su numerosa tribu sorprendió y mató al capitán Solari cuando cruzaba una picada con seis soldados. La picada es una perforación que los soldados, utilizando machetes y hachas, abren entre los árboles para que puedan circular mulas de transporte de víveres y comisiones oficiales en servicio, y que sólo lo pueden hacer una detrás de otra. Para los indígenas es de gran utilidad, favoreciéndoles atacar sorpresivamente con flechas, ocultos en la maleza y a muy corta distancia.

La consigna de prenderlo vivo o muerto se logró por el 2º Escuadrón, al que yo pertenecía, que después de tres días de camino fue alcanzado por una tribu. Producido el combate, los indios con flechas por no disponer de armas de fuego, lo que los ubicaba desfavorablemente para la acción, que fue muy

breve, el cacique, entre otros, resultó muerto. Lo más penoso fue transportar el cadáver envuelto en bolsas, a lomo de mula, hasta la Gran Guardia, que así era la orden. Se llegó después de dos días de camino, con el cuerpo del indio putrefacto. De inmediato se procedió a descarnarlo, hirviéndolo, extra-yéndole con cuchillo la carne adherida, hasta que los huesos, ya limpios, se introdujeron en latas de keroseno con cal, para remitirlos a Buenos Aires. Posiblemente estén en algún museo. En el Chaco santafesino hay un pueblo con el nombre de Capitán Solari.

Un fusilamiento: por un acto gravísimo de indisciplina contra un oficial, por regir el código de guerra, fue condenado a muerte un cabo, no conscripto. Para su ejecución fuimos designados ocho tiradores de mayor capacidad de tiro. Después de una dramática noche de insomnio, pensando en la carga de conciencia que deberíamos soportar toda la vida por sacrificar a un ser humano, llegó el momento. Fuimos a la guardia y sobre una mesa había ocho carabinas, cuatro con balas y cuatro con proyectiles de fogeo. La espera del reo se dilataba, y luego de un largo rato se nos ordenó retirarnos. El cabo se había fugado, según la guardia, pero después de unos días, jugando al ajedrez con el oficial que tenía a su cargo la acción, me confesó que entre los oficiales resolvieron largarlo, seguros de que no volvería, puesto que la vida ambulante en la selva, sin víveres ni agua, con el riesgo de ser atacado por tigres y víboras, le haría difícil alcanzar la frontera. Nunca se supo nada de su final.

Enjambre de abejas: con alguna indeseable presencia de esos “animalitos”, que los conocemos *dulces*, debíamos enfrentarnos a veces con peligro de ser atacados despiadadamente. Por lo general nos dejaban maltrechos y atolondrados.

Misión secreta: el mayor Teófilo Prado debió ser portador de un mensaje privado y entregarlo personalmente al jefe del Regimiento 5 de Caballería, con asiento en Salta. Fue un fatigoso viaje del que yo no participé, pero los seis camaradas que lo acompañaron, montados en mulas, nos informaron de las terribles peripecias de todo orden que debieron soportar. El mencionado mensaje se decía que tenía relación con una guerra entre Paraguay y Bolivia.

Inundación: a raíz del desborde de esteros y del río Teuco, que abarcó grandes extensiones y llegó con violencia a nuestros fortines y Gran Guardia, debimos abandonarlos buscando un nivel más alto del terreno, lo que se logró. Tuvimos que trasladar con urgencia víveres, arsenal, animales, etcétera, y lo más grave fue la enfermedad de cuidado de un conscripto. Del mísero lugar que se llamaba *enfermería*, entre cuatro soldados, utilizando una estrecha tabla como camilla, lo conducían por el agua vertiginosa, cuan-

do, inesperadamente, chocaron con una serpiente Curuyú. Dejaron caer al enfermo entre el barro y la maleza. Fue angustioso el trance, pero felizmente se salvó.

Organizado el campamento, con las mantas de dormir improvisamos carpas, todo a oscuras, por no disponer de faroles. Los víveres, que era lo más importante, fueron salvados y guarecidos con lonas, se organizó una cacería y pesca, con lo que paliamos necesidades indispensables para alimentarnos.

Damas protectoras de indios: existía esta organización en Formosa. Con escasa frecuencia, en el ferrocarril en construcción, llegaban hasta la Gran Guardia portando ropas recolectadas en la ciudad, que entregaban a los indios, especialmente tobas, que frecuentaban el cuartel y a quienes se les daba de comer.

Gendarmería de línea: creada especialmente para reemplazar a los conscriptos del Regimiento 9.

Esta innovación motivó que nuestra clase 1892 permaneciera quince meses en vez de doce, y fuera la última en servir como expedicionaria al desierto. Por cierto que el tener que compartir en la casi intimidad todas las actividades hasta que nos reemplazaron y fuimos dados de baja, resultó angustioso en los últimos días de nuestra presencia al servicio de la patria.